

Editorial

La racionalidad egoísta: condena a la vida

El Salvador, como la mayoría de los países latinoamericanos, ha experimentado una serie de transformaciones estructurales, sobre todo a partir de finales de los años ochenta. Transformaciones que han sucedido en un lapso de tiempo relativamente corto, sobre todo si se toma en cuenta su magnitud. Estos cambios, en términos económicos, han estado signados por los postulados de una economía centrada en el mercado, lo cual ha derivado en una sociedad en la que prevalece un pensamiento que entiende a la persona como consumidora; con una lógica de actuación egoísta por encima de la concepción que entiende al ser humano como ciudadano, como sujeto de derechos y deberes.

De esta manera, todo ámbito, no sólo el estrictamente económico, sino también el socioeconómico-ambiental, se ha visto permeado por la creencia de que a través del mercado se logran los mejores resultados posibles; esta creencia, casi ciega, se mantiene a pesar de los resultados poco alentadores para la gran mayoría de personas, a quienes se mantienen

excluidos de los beneficios del crecimiento económico logrado, y ven sus derechos económicos y sociales violentados permanentemente.

La economía como ciencia nace entre pensadores centrados en cuestiones éticas, como Adam Smith, John Stuart Mill, David Ricardo o Carlos Marx. Por ejemplo, J.S. Mill en 1863 concebía un “hombre ilustrado”: un individuo consciente de su condición de manipulado y por lo tanto liberado de ella, quién podría intervenir en el mercado actuando individualmente para acrecentar la felicidad general y no el interés individual. Sin embargo, paulatina y progresivamente, aquellos quienes se identificaban como economistas, quisieron entender o concebir la economía como una ciencia exacta, desligándose de la moral y acercándose a las formalizaciones y modelos matemáticos con capacidad de predicción, sobre todo el análisis microeconómico, el cual lleva a cabo supuestos en los cuales la ética carece de sentido, y lo único que importa es la satisfacción individual de las necesidades sin ningún tipo de consideración. Se parte de un individuo que actúa en el mercado porque quiere lograr el máximo bienestar individual, ajeno a cualquier contenido ético y a la relación con las necesidades humanas colectivas. La justificación de este supuesto, que elimina de tajo cualquier miramiento ético, es que si se considera un consumidor que tome en cuenta razones diferentes al propio egoísmo, aumentaría demasiado la complejidad del análisis.

Sin entrar en un cuestionamiento ético, existen críticas a este tipo de economía. Así, se puede decir que el concepto de racionalidad económica implícita en el comportamiento del consumidor —utilizando terminología marginalista microeconómica— es reduccionista. Es así porque cuando una persona elige una canasta de bienes y servicios, cualquiera que esté a su alcance dado su ingreso, puede que no maximice su bienestar individual, ya sea porque al momento de su selección su comportamiento no se base en una decisión egoísta sino, más bien, altruista o solidaria —ambos conceptos fuera de este tipo de análisis— o, simplemente porque dadas sus posibilidades no es viable pensar en una decisión que maximice su bienestar individual. Esta forma de asumir la racionalidad económica de las personas, lleva a absurdos como que alguien decide morir de hambre porque así maximiza su bienestar individual y egoísta.

Amartya Sen, un premio Nobel de economía, también critica esta racionalidad, aduciendo que cuando una persona decide un conjunto de bienes y servicios y no maximiza su utilidad, es porque su actuación tiene de fondo un compromiso con algo o alguien, es decir, una causa común o un grupo social, político o religioso. Sen, también lleva a cabo

formalizaciones matemáticas (de tipo marginalista) en las que demuestra que no exista inconsistencia en un individuo cuya racionalidad sea el compromiso y no el bienestar individual.

Algunos hacen uso de teorías alejadas de la economía, como la de la disonancia cognitiva (Alerlof y Dickens), según la cual las personas manipulan sus propias creencias para confirmar sus deseos. Las personas en trabajos poco gratificantes, prefieren pensar que no lo son porque su deseo es trabajar en un lugar que les genere realización personal. A través de un razonamiento similar, podemos suponer que los consumidores de los países ricos, prefieren creer que sus pautas de consumo son las correctas y “la publicidad ofrece a la gente la justificación externa para creer que han comprado aquello que realmente satisface sus necesidades”. Dichos autores concluyen que no hay ningún problema en incorporar los resultados de estas disciplinas en el análisis económico neoclásico, ya que permite explicar mejor algunos aspectos que no se contemplaban adecuadamente, entre ellos la publicidad “no informativa”, porque “engañado” o no, el individuo cuando actúa lo hace porque así lo ha elegido o decidido hacer.

Otros economistas contemporáneos como Gérard Duménil, Óscar Carpintero o Anwar Shaikh, conocidos por su compromiso con una economía crítica, alejada de la neoclásica y sobre todo neoliberal, plantean otra crítica desde su postura. Ellos conciben la economía no como una forma de maximizar el bienestar individual a través de lo cual, de manera misteriosa, se alcanza el bienestar colectivo, sino como un medio para alcanzar el bienestar colectivo tanto social como ecológico.

Shaikh plantea que la formalización matemática solo logró elaborar modelos matemáticos sin ninguna relevancia empírica, pues sus supuestos carecen de realidad. Para él, la verdadera función de la formalización marginalista es proporcionar una racionalización que justifica el capitalismo y lo presenta como un sistema social ideal para el desarrollo humano. Aunque la propia realidad día a día refute lo que estos modelos plantean. Duménil por su parte, critica la excesiva complejidad y opina que para interpretar cualquier etapa del capitalismo es necesario combinar aspectos sociales, políticos y económicos; por ejemplo, no es posible quedarnos con una teoría de la competencia o del cambio tecnológico para explicar la realidad. El problema para Carpintero, es que en el caso de la economía la teoría se ha construido a partir de supuestos que permitan un tratamiento matemático, en vez de hacerlo a la inversa, es decir, buscar el instrumento matemático que nos permita construir modelos con las hipótesis que a nosotros nos interesan. La economía neoliberal ha llevado

a cabo una abstracción tal que no selecciona los rasgos más importantes de los fenómenos, sino que selecciona rasgos que ni siquiera suceden en la realidad –como suponer que las personas tenemos un conocimiento pleno y perfecto de todos los bienes y servicios que se transan en el mercado-, pero que le permiten probar formalmente que la maximización del bienestar individual lleva a la maximización del bienestar colectivo. Se trata entonces no de abstracciones teóricas sino de ocultaciones, mixtificaciones y engaños que no sólo ignoran lo que dicen otras disciplinas, sino también las leyes más básicas del mundo físico.

No se trata sólo de críticas desde lo conceptual, es que la realidad se impone. En la actualidad, parece ser, que la pura observación de las pautas de consumo de la mayor parte de las sociedades pone de manifiesto la distancia que separa a los individuos actuales del hombre ilustrado de Mill. En las sociedades ricas y en las menos ricas se tienen objetivos concretos (personales, de grupo político, religioso, etc.) manipulados de cerca por las necesidades reproductivas del sistema capitalista, por lo tanto dejan de ser individuales del consumidor y pasan a ser del sistema productivo en conjunto. En el capitalismo, las empresas cuyo objetivo es maximizar sus ganancias, necesitan del mercado, y el mercado nada sabe de moralidad, justicia o del derecho básico de las personas a una alimentación adecuada y nutritiva. El mercado únicamente logra que se vendan los bienes al mejor postor. Por eso hoy estamos viendo, y peor aún consintiendo, como las personas son menos importantes que las demandas de los agrocombustibles, y son superadas por los especuladores y por el ganado; pues al parecer es más importante que el ganado tenga concentrados y que los vehículos consuman biocombustibles, que las personas coman. Al ver los resultados del mercado, desde los precios parecería que la agricultura nada tiene que ver con producir alimentos para las personas.

Por otro lado, los resultados del mercado financiero profundizan las desigualdades. A nivel mundial el diez por ciento de las personas gana en exceso a expensas del noventa por ciento restante. Esto ha generado una estructura de la demanda muy desequilibrada que requiere un endeudamiento generalizado para mantener los niveles de consumo de la mayoría de la población, mientras que los ricos son tan ricos, que cada vez les resulta más difícil saber qué hacer con su dinero, al mismo tiempo se proveer de préstamos a los más pobres para que puedan alcanzar los bienes y servicios necesarios para vivir. Lo mejor sería proveer de más medios de vida a los más pobres, y no préstamos, esta es una solución evidente para este desequilibrio, pero no se hace posiblemente porque

el dar préstamos refuerza el enriquecimiento de quienes diseñan las soluciones.

A pesar de que es dable pensar en otro tipo de racionalidad menos egoísta, que existen críticas y suficiente evidencia de realidad que niega las bondades del sistema capitalista, resulta que la lógica de mercado y maximización de bienestar se impone. En la sociedad salvadoreña se tiene como referencia principal el mundo académico de los países desarrollados, y en la mayoría de los casos los intelectuales nos quedamos repitiendo lo aprendido en Harvard o lo que se plantea en los estudios de Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Obedientemente usamos métodos y teorías generadas y validadas en los países centrales, particularmente en los Estados Unidos. Parece que como intelectuales, como científicos sociales, como economistas estamos dejando una deuda a nuestro país, a nuestro entorno: dejar de poseer un pensamiento reflejo y repetidor de las ideas y textos generados en los grandes centros de poder, cuya función es validar este sistema que evita que la vida exista en plenitud.

Sin embargo, al igual que otro mundo es posible, otra forma de vivir la intelectualidad y de encarar la economía, también es posible. El economista y sacerdote Francisco Javier Ibisate nos dio muestras en su quehacer cotidiano y académico, en esta realidad nuestra. Como el compromiso con la verdad, con la búsqueda del bienestar de todos, con la crítica permanente, necesaria y constructiva. Por ejemplo, evaluar el mercado por sus resultados sociales y no por la producción y el consumismo de bienes y al hacerlo así, no cabe duda que es urgente la necesidad de cambiar la lógica actual. Tratar de dilucidar las lógicas y estructuras que mantienen esta realidad. Entender que la economía no se reduce a todo aquello que podemos expresar en un valor monetario, sino que debe entenderse desde la necesidad de reproducir la vida: valorar el trabajo reproductivo que se hace en el hogar sin lo cual es imposible siquiera, pensar en contar con el factor de producción conocido como trabajo. Tampoco podemos dejar de lado el costo no monetarizado que generan los procesos productivos

El mercado no es un fin, tan sólo es un medio —imperfecto— para llegar al bienestar. Lo que importa es la reproducción de la vida, el sistema actual no la protege, no toda, más bien a la minoría. Es urgente romper la hegemonía intelectual del neoliberalismo, y hacer que la ética sea una categoría fundamental de las ciencias en general, de las sociales en particular y de la economía como imperativo.